

Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia, São Paulo, 11: 3-20, 2001.

NACIONALISMO Y ARQUEOLOGIA: EL CONTEXTO POLITICO DE NUESTRA DISCIPLINA

Margarita Díaz-Andreu*

DIAZ-ANDREU, M. Nacionalismo y Arqueología: el contexto político de nuestra disciplina. *Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia*, São Paulo, 11: 3-20, 2001.

RESUMO: Neste artigo discute-se como as identidades atuais e, concretamente, a nacionalista influem na forma como pensamos sobre o passado. Argumentarei que não se pode entender o trabalho arqueológico fora de seu contexto sócio-político, no qual as identidades desempenham um papel crucial. A emergência da Arqueologia como uma disciplina profissional esteve intimamente relacionada com o êxito do nacionalismo como uma opção política que levaria à criação do Estado moderno, passando, desta forma, de uma atividade erudita a uma disciplina profissional. Farei um contraste entre a prática arqueológica desses dois últimos séculos com os diversos períodos pelos quais passou o nacionalismo. Terminarei argumentando que, apesar dessas mudanças, esta ideologia política ainda mantém sua importância e ilustrarei minha hipótese referente à integração das comunidades indígenas e o patrimônio de seu passado.

UNITERMOS: Arqueologia e política – Nacionalismo – Patrimônio – Indígenas.

Toda disciplina científica tiene una historia tras de sí que determinados miembros dentro de la comunidad científica se han dedicado a investigar y describir. Quien se interesa por el pasado de la arqueología puede acudir a las magníficas obras de carácter general producidas por Glyn Daniel (Daniel 1975), Arnaldo Momigliano (Momigliano 1955 (1950), Bruce Trigger (Trigger 1989), o Alain Schnapp (Schnapp 1993) por citar a los más conocidos.

En un plano más concreto, para la historiografía de cada país existen obras más específicas de carácter general o particular como las de Alessandro Guidi (Guidi 1988) o Marcelo Barbanera (Barbanera 1998) en Italia, Ernst Wahle en Alemania (Wahle 1950, 1951), Pedro Funari (Funari 1992) en Brasil, Ignacio Bernal (Bernal 1979) y Luis Vázquez León en México (Vázquez León 1996); Chakrabarti (Chakrabarti 1988) en India, etc. Todas estas historias de la arqueología, sin embargo, adoptan una óptica internalista, es decir, que fundamentalmente discuten qué autor dijo qué cosa en qué época y lo que sus ideas supusieron para el *progreso* de la ciencia. La visión que estos autores

(*) Department of Archaeology, University of Durham, South Road, Durham DH1 3LE, Reino Unido.

ofrecen se podría caricaturizar como la de una lucha heroica llevada a cabo por valientes y sabios intelectuales/arqueólogos (pocas arqueólogas suelen salir en estas historias) en su conquista del Conocimiento sobre el pasado. De vez en cuando aquí y allí en los textos surgen comentarios sobre el papel político que tuvo la arqueología en momentos de crisis, fundamentalmente durante regímenes totalitarios tipo el Nacional Socialista en Alemania o el fascista en Italia. La impresión que dan estas obras es que esta relación con la política es conyuntural, que nunca tuvo gran importancia en el desarrollo de la arqueología como teoría política.

Si acudimos a otras disciplinas humanísticas como la historia, sin embargo, encontramos otro posicionamiento. Como R. Kühnl observa:

Un libro de historia nunca se limita a la narración aséptica a la información neutral de los hechos. La mera selección de los datos por sí misma requiere un juicio sobre lo que es esencia o no. Toda exposición histórica contiene, explícita o implícitamente, una interpretación específica de las causas, de los factores condicionantes y de las fuerzas que llevaron o impidieron un determinado desarrollo histórico... Es decir, que una 'científicamente pura' exposición histórica no existe, dado que todos los discursos y explicaciones tienen implicaciones políticas. (Kühnl 1985).¹

En estos últimos años también en la historia de la arqueología ha habido autores que han adoptado una actitud más crítica (Mora 1998, Patterson 1995). Estos, sin dejar a un lado el desarrollo de las ideas tan habitual en los investigadores citados más arriba – puesto que el conocimiento sobre como éste se transformó también es importante – han prestado una mayor atención al contexto socio-político en el que se ha producido el devenir histórico de la arqueología. En este artículo mi intención será centrarme precisamente en ese contexto, sintetizando de esta manera ideas que he desarrollado en varios trabajos publicados por mí misma desde hace

unos años fundamentalmente en lengua inglesa (ver bibliografía final). En concreto mi objetivo será describir cuál es la relación entre la arqueología como disciplina científica y la ideología política del nacionalismo. Intentaré explicar hasta qué punto ambas están conectadas, cómo es posible trazar una conexión entre el surgimiento del nacionalismo y un cambio radical en el estudio del pasado arqueológico. A partir del éxito del nacionalismo como teoría política a finales del siglo XVIII, la arqueología dejó de ser una actividad secundaria para convertirse en un quehacer profesional. La nueva importancia que adquirió el conocimiento sobre el pasado llevo al estado-nación a proveer las subvenciones necesarias para crear y mantener un cuerpo profesional, para que se la arqueología se impartiera como una disciplina más en las universidades, para que se abrieran museos especialmente dedicados a la exposición de los objetos antiguos y se promulgaran legislaciones con el objetivo proteger la labor arqueológica y el estudio del pasado. Una vez que haya aclarado esta relación entre la ideología política del nacionalismo y la institucionalización de la arqueología, entonces realizaré una reflexión sobre la relación entre el desarrollo de las ideas en la arqueología – fundamentalmente el historicismo cultural todavía de tanta influencia – y el contexto político en el que se éste se dió.

La nación y el pasado

La primera pregunta que habré de responder para explicar mi hipótesis sobre la relación entre la arqueología y el nacionalismo es porqué el pasado es relevante para este último. Si acudimos al libro de Alain Schnapp (1993) o a autores como Richard Bradley (Bradley 1996, 1998) en ellos queda claro que el estudio del pasado se ha producido desde épocas muy anteriores a la emergencia de dicha teoría política, que la memoria histórica ha estado presente desde periodos tan antiguos como el neolítico europeo, las primeras sociedades con escritura, las épocas clásicas griegas y romanas y el medievo. Incluso se puede sospechar que esta importancia del pasado estaba presente incluso antes, entre cazadores-

(1) Todos los textos cuyo original se halla en otro idioma han sido traducidos por la autora de este trabajo.

recolectores (Layton 1989b). Pero pese a reconocer esta trascendencia del conocimiento sobre el pasado y a veces incluso de los restos de cultura material provenientes de él, lo cierto es que solamente a partir de los siglos XIV y XV fue cuando por primera vez a determinados individuos de la sociedad se les permitió especializarse de una manera más definitiva y continuada en el estudio del pasado y de sus restos materiales. Fue en este momento cuando se produjo una transformación radical en este interés que serán las primeras raíces que al cabo de tres siglos terminarán llevando a la definitiva aceptación de la arqueología como disciplina científica.

En los siglos XIV y XV se produjo en Europa un cambio de tipo social y político que llevaría a la larga a la aparición del estado moderno. En esta Europa en transformación las élites comenzaron a interesarse por los objetos antiguos de una manera nunca conocida antes, ni siquiera durante el periodo romano, momento en el que las estatuas griegas habían atraído gran atención. Lo que las élites renacentistas buscaban en las antigüedades era simbolizar su poder con metáforas diferentes a las que se habían empleado en época medieval. En su lucha contra el poder eclesiástico el lenguaje de la antigüedad – sobre todo de la antigüedad clásica – cobró una importancia nunca antes experimentada. De esta forma dejó de ser ocasional que un individuo poderoso acudiera al pasado como forma de mostrar su posición en la sociedad, como había pasado en Babilonia, Grecia o Roma (Schnapp 1993). A partir del siglo XIV y XV en primer lugar en Italia, este tipo de argumentación empezó a ser por así decirlo un requerimiento y por ello las élites políticas comenzaron a emplear a su servicio a anticuarios que les proporcionaran el prestigio que ellos necesitaban (Rosenberg 1990). Esta moda que se inició en Italia fue más tarde copiada por el resto de los países europeos a partir de los siglos XV y XVI (Schnapp 1993), pues la nueva expresión de autoridad permitía a las élites de todos ellos reivindicar el poder secular y dejar definitivamente atrás el código político medieval. Tras los problemas religiosos del siglo XVII, durante la ilustración del siglo XVIII el lenguaje basado en lo clásico adquirió de nuevo una gran importancia, mayor en todo

caso que aquél otro adoptado por los movimientos pre-románticos que también se desarrollaron en aquel siglo (Smith 1976). La racionalidad adquirió un puesto fundamental en este siglo. Ideas como ‘utilidad’, ‘ciudadanía’, ‘nación’, etc. comenzaron emplearse con cada vez mayor frecuencia (Mora 1998).

A partir del último tercio del siglo XVIII en el plano político las ideas de la ilustración comenzaron a dar fruto en una serie de revoluciones: la de 1776 que dió paso a la independencia de los Estados Unidos de América, la de 1783 en Holanda, la de 1789 en Francia, las posteriores en diversos países europeos y en toda Latinoamérica que se saldaron con la independencia de prácticamente todo el continente americano en las primeras décadas del siglo XIX. En todos estos países, la racionalidad ilustrada llevada a su consecuencia lógica, empujaría a las clases medias a rechazar a los gobernantes que no resultarían útiles para la nación. Es decir, por primera vez se hacía posible contestar la legitimidad política del sistema que había reinado en la práctica totalidad del mundo occidental desde la caída del imperio romano: la monarquía y el sistema social al que éste iba asociada en el que la cada vez mayor clase media tenía poca cabida. Pero si la monarquía había sido hasta aquel momento la base del estado, a partir de ahora un nuevo concepto debía ponerse en su lugar y este fue el de nación.

‘Nación’ era una palabra de origen latino que se había empleado tanto en latín como en las lenguas romances derivadas del mismo desde la época romana. Significaba lugar de origen, tanto el pueblo, la región, comarca o el país. Este uso tan amplio quedó restringido a partir de finales del siglo XVIII, cuando el término empezó a emplearse fundamentalmente para referir al territorio estatal. Es necesario aclarar en este punto, sin embargo, que los especialistas en el estudio de nacionalismo distinguen dos tipos fundamentales de definición de nación que se relacionan con los dos tipos principales de nacionalismo: nacionalismo cívico o político por una parte y por la otra nacionalismo cultural o étnico.

El nacionalismo que surgió en la revolución francesa de 1789 (por escoger a la más famosa de todas las revoluciones mencionadas

anteriormente) fue el nacionalismo cívico o político. En realidad somos nosotros los que ahora lo denominamos así, pues en aquel momento el término nacionalismo ni siquiera estaba en uso, ya que sólo se tiene documentado a partir de 1812 en Francia y 1836 en Inglaterra (Huizinga 1972: 14). Lo que sí que se empleaba en aquel momento con gran énfasis era el concepto de 'nación'. Para el nacionalismo cívico o político el término 'nación' estaba unido a los conceptos heredados de la ilustración neoclásica que ahora se asociaron íntimamente con la nación: ciudadanía, territorio, derechos y deberes iguales para todos los ciudadanos, educación universal e ideología cívica (Smith 1991: 9-10). La importancia de la historia antigua como modelo donde aprender sobre la sabiduría del pasado que ya habíamos visto que empezó en el siglo XVIII se afianzó ahora. Pero además la nueva consideración dada a la educación implicó la apertura de museos donde exponer objetos provenientes de la antigüedad clásica y esto llevó a la necesidad de tener profesionales que se ocuparan de ellos y por tanto a la de incluir la arqueología entre los saberes impartidos en la universidad o en las escuelas de educación superior. Es decir, el nacionalismo cívico llevó a la institucionalización de la arqueología. Ya no eran los pocos anticuarios de siglos anteriores pagados por reyes, nobles o personas con medios económicos. Ahora era el estado el que se ocupó de subvencionar a un cuerpo profesional de arqueólogos. La arqueología pasó de ser una actividad que sólo unos pocos con medios o apoyados por personas con ellos se podían permitir a ser considerada como una disciplina científica dotada con cada vez un mayor número de profesionales.

Pero como la nueva nación política tenía que ser coherente con los principios de utilidad ilustrados, en un primer momento sólo los estados de gran tamaño lograron ser aceptados como naciones; las unidades políticas de pequeña dimensión eran juzgadas como contrarias al buen hacer político y por tanto se les denegaba el carácter de nación. Estas ideas, por tanto, restringieron el número de naciones posibles a unas pocas localizadas fundamentalmente en Europa occidental – Francia, Gran Bretaña, España... – y en Améri-

ca, donde los nuevos estado-nación claramente incluso superaron en tamaño a los europeos. Salvo excepciones – y el caso de Dinamarca es el único que se me ocurre y de él me ocuparé más adelante – sólo será en estos países donde veamos surgir la arqueología profesional, una arqueología en un principio centrada en el estudio de lo clásico, lo que dificultará su éxito en América.

Este criterio de tamaño es el que permitiría a la larga el éxito de las ideas nacionalistas de tipo unificador tanto en Italia como en Alemania. Pero la creación de estados nuevos a partir de naciones supuso un cambio radical en el nacionalismo. Hasta entonces era el estado el que había dado lugar a la nación. A partir de la unificación de ambos países, cabía la posibilidad de que fuera la nación la que diera lugar al estado. Las unificaciones de Italia y Alemania en 1870 y 1871 evidenciarían un cambio radical en el nacionalismo, puesto que el nacionalismo cívico o político daría paso al nacionalismo cultural o étnico. Este provenía de las ideas prerománticas del siglo XVIII (Smith 1976) en las que 'nación' se asoció con ideas en principio muy diferentes. La justificación para la unión de países como Italia o Alemania no podía ser otra que la existencia de unas características comunes que fusionaban de forma natural a una serie de pueblos de manera que hacían legítima la defensa de su existencia como nación y por tanto su derecho a exigir la independencia política.

Los rasgos comunes que unían a la nación étnica o cultural podían ser de variados tipos: en primer lugar una cultura similar demostrada en costumbres semejantes y/o idioma compartido, además de en algunos casos una misma religión o misma etnia o raza; y en segundo una descendencia común. Para todo ello la historia propia de cada nación tenía un papel fundamental legitimador. Si hasta entonces la subvención del estado había estado volcada fundamentalmente a la arqueología clásica, a partir de ahora en Europa habría otras épocas – la prehistórica y la medieval – que empezarían a cobrar un papel central. La situación en América, sin embargo, no podía ser sino diferente. Las poblaciones anteriores a la conquista no tenían nada que ver con las élites que gobernaban los países, que eran de origen europeo. Ante esto la respuesta

mayoritaria sería la de ignorar este tipo de arqueología, negando un pasado histórico a las poblaciones indígenas y restringir el relato histórico nacionalista a la época a partir de la colonización realizada por sus antepasados europeos. En América – como luego en Australia – la arqueología se confinaría como una rama dentro de la antropología, es decir, no incluida dentro de los estudios históricos. La excepción a esta actitud se encontraría en México, donde el discurso nacionalista desde un principio se apropió del indigenismo. Así que tras un primer momento fracasado por las turbulencias políticas del país durante gran parte del siglo XIX, principalmente en el XX las élites políticas comenzarán la subvención sistemática del estudio de cierto pasado precolombino, el de las grandes civilizaciones del valle de México y del Yucatán.

La institucionalización de la Arqueología y los problemas de la Prehistoria

Como he explicado en la sección anterior el surgimiento del nacionalismo – en un primer momento del nacionalismo de tipo cívico – como teoría política llevó a la institucionalización de la arqueología. La primera prueba de que esto ocurrió fue la creación de museos, aunque como siempre podemos buscar precedentes anteriores. El ímpetu adquirido por el estudio de la antigüedad clásica y la importancia conferida a los objetos provenientes de la misma habían llevado ya en el siglo XVIII a la aparición de un preocupante mercado de antigüedades centrado en la ciudad de Roma. La desaparición de obras iba contra el bien común, contra la educación del ciudadano, y así en aquella centuria, en fecha tan temprana como 1733, se crearía el primer museo de arqueología abierto al público, el Museo Capitolino (al que más tarde se unió también en Roma en Pio Clementino en 1771) (Arata 1998).² Por otra parte ciertas coleccio-

nes particulares también darían lugar a museos. Una de las que fue a parar a manos particulares fue la adquirida por Sir Hans Sloane, quien compró al estado de la Toscana la colección de obras clásicas amasada durante tres siglos por la familia italiana Medici (Pomian 1990: 42). Sloane dejó la colección en manos del estado británico, quien en 1753 decidió abrir un museo, resultando todo ello en la apertura del Museo Británico en 1759. Estas tendencias neo-clásicas ilustradas fueron continuadas y agrandadas por el primer nacionalismo cívico. Es así como en plena revolución francesa en 1793 el estado francés decidió la apertura del Museo del Louvre (Gran-Aymerich 1998). He de señalar aquí que el otro tipo de nacionalismo, el étnico o cultural, pese a que ya he apuntado antes sólo tuvo éxito a partir de 1870, estuvo presente desde un principio y llevó también a la creación de museos. Un ejemplo fue el Museo de Monumentos Nacionales abierto igualmente en París, donde se exhibían monumentos góticos y renacentistas. La comparación entre el devenir de éste y el del Louvre, sin embargo, es significativa. Mientras que para el último no dejaron de llegar obras, entre otras circunstancias por las campañas de Napoleón Bonaparte, los encargados del Museo de Monumentos Nacionales no hacían más que lamentarse por la falta de una sede adecuada y por el desinterés general que la institución provocaba (Gran-Aymerich 1998: 38). En otros países, sin embargo, sí que estos museos dedicados a las antigüedades del país tuvieron más éxito. Este fue el caso de Dinamarca, donde el Museo Nacional se creó en 1807 o en México donde el Museo Nacional abrió sus puertas en 1825 (para cerrarlas al poco tiempo, pero esa es otra historia) (Florescano 1993).

A la creación de museos siguió la profesionalización de los arqueólogos – que significativamente a lo largo del siglo XIX dejan de llamarse anticuarios – y la creación de instituciones que justificaban su labor. Así en 1821 se creó en Francia la École de Chartes donde se enseñaría arqueología – o más bien una de sus ramas, la paleografía (Schnapp 1996: 53). Esta institución se copiaría en otros países como en España, donde la Escuela de Diplomática abriría sus puertas en 1856 (Peiró

(2) En realidad otro museo abierto al público en fecha más temprana, el Ashmolean de Oxford de 1683, parece que incluía en sus colecciones algunas antigüedades (Simock 1984).

Martín & Pasamar Alzuría 1996). En Francia el Comité de Estudios Históricos, que se dedicaría a la protección y restauración de los monumentos históricos vió la luz en 1834 (Schnapp 1996: 54). La creación de Comisiones de Monumentos en Francia en 1830 tuvo igualmente su reflejo en España aunque años más tarde, en 1844 (Díaz-Andreu 1994). En este último país sólo sería en 1868 cuando el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios incluyó en su nombre el de los anticuarios (que sólo a partir de 1900 se denominarían oficialmente como arqueólogos).

Toda esta institucionalización aludida hasta ahora se refiere fundamentalmente a los estudios clásicos y acaso – pero con menor éxito – los medievales. La prehistoria, sin embargo, tuvo dificultades para conseguir el mismo nivel que el de sus por entonces hermanas mayores. Hay diversas razones que impidieron la rápida institucionalización de la prehistoria (Schnapp 1993: 321). En primer lugar se daba una prioridad absoluta a las fuentes escritas y éstas lógicamente sólo valían a partir de la época protohistórica. Esto se debía principalmente a la poca sofisticación que los estudios sobre cultura material habían adquirido a excepción, quizá, del estudio de monedas y obras de arte antiguas, ninguna de las dos de carácter prehistórico. Para que la prehistoria se aceptara hubo que desarrollar los métodos tipológico, tecnológico e imponer el criterio stratigráfico como forma de ordenar el material. Esto sólo se fue logrando a lo largo del siglo XIX. No es casualidad que uno de los países donde se dieron varios de los pasos más importantes para ello fue Dinamarca. Una serie de derrotas militares provocaron a principios de la centuria no sólo la pérdida definitiva de la flota que hasta entonces había sido el orgullo del país sino además de gran parte de su territorio. Esto haría que las desmoralizadas élites políticas y las clases medias buscaran justificar la existencia de Dinamarca en otro tipo de razones. Se acudió entonces a la arqueología, a la que tanta importancia se le había dado en el memorable siglo XVII (Klindt-Jensen 1975, Randsborg 1994, Schnapp 1993). En contraste con aquel, lo único que le quedaba a Dinamarca era el solar patrio, la tierra, donde los campesinos

vivían entre las antigüedades de un pasado supuestamente glorioso. La esencia de la nación quedaba simbolizada en este pasado de piedras con inscripciones rúnicas y de túmulos prehistóricos. Fue esta situación la que llevaría a Dinamarca a crear el primer Museo Nacional en el que las antigüedades propias – y no las clásicas – cobraron una importancia no conocida en otro país. Para el museo se contrataron a expertos que intentarían ordenar las colecciones, con el resultado por todos conocidos de la elaboración del sistema de las tres edades establecido por Thomsen (Gräslund 1981), que posteriormente se exportaría a otros países (Böhner 1981, Rodden 1981, Sørensen 1998, etc.). También fue en Dinamarca donde se crearía la primera cátedra universitaria para la enseñanza de la prehistoria en 1855, ocupada por Worsaae en la Universidad de Copenhague (Sørensen 1996: 34).

La prehistoria, además, tenía otros problemas que impidieron su pronta institucionalización. Uno de ellos fue la conexión establecida entre la arqueología y el arte, que provenía de la importancia de los objetos artísticos – las estatuas y los monumentos – en la época premoderna. Si para enorgullecerse de sí misma la nación tenía que tener un pasado glorioso, éste se simbolizaba mejor en objetos de arte y no en pequeños fragmentos rodados de cerámica de ininteligible significado para el no especialista. Es significativo que en la creación de la Escuela de Diplomática en 1856 referida más arriba la arqueología se definiera como aquella ciencia que estudiaba las *obras de arte* y de la industria bajo el exclusivo aspecto de su antigüedad (Peiró Martín & Pasamar Alzuría 1996: 146). Los intereses creados a lo largo del siglo XIX impedirían de alguna manera el desarrollo de los estudios prehistóricos. Esta importancia dada a los monumentos explica también que en toda América sólo en aquéllos países donde existían grandes edificaciones precolombinas es donde se produjera un primer desarrollo de la arqueología propiamente americana. Es decir, esto ocurrió fundamentalmente en México (Bernal 1979), en el sur de los Estados Unidos (Welsh 1998) y en cierta manera en Perú, país donde se promulgó – aunque sin demasiado éxito – una primera legislación relacionada con

las antigüedades en 1811, apenas conseguida la independencia y se abrió un museo nacional en 1826 (Bonavia 1984: 110, Chávez 1992: 43-4). En el resto de los países americanos o la arqueología no se desarrolló o si lo hizo, como he explicado más arriba, fue sólo en su vertiente no americana, dando lugar a especialistas en arqueología bíblica y clásica, siendo ejemplos de esto tanto Estados Unidos (Patterson 1991) como Canadá (Trigger 1981).

Un tercer obstáculo que la arqueología prehistórica tuvo que superar para que su institucionalización se permitiera fue el que se aceptara su versión frente a la ofrecida por la Biblia. Desde los primeros siglos del cristianismo los intelectuales habían intentado compatibilizar las fuentes clásicas con aquella central a la doctrina cristiana. Así a lo largo del medioevo y las centurias que le siguieron una mezcla de héroes troyanos e hijos y nietos de Noé habían logrado poblar todo el mundo conocido y fundar todas las ciudades de cierto prestigio. Fue contra esta historia mítica que por repetida pasó a tomarse como cierta contra la que los primeros prehistoriadores tuvieron que luchar. El problema no fue fácil, puesto que muchos de ellos eran fervientes creyentes. Los largos debates entre la prehistoria, el evolucionismo social derivado del biológico de Darwin a partir de su obra *El origen de las especies* publicada en 1859 no se resolvieron en ocasiones hasta ya entrado el siglo XX (Trigger, 1989). Esta falta de aceptación de la arqueología prehistórica como parte de la historia es lo que explica que en la práctica mayoría del mundo occidental ésta se institucionalizara dentro de las Ciencias Naturales. Es decir, los objetos prehistóricos no iban a parar en la mayoría de las ocasiones a los museos arqueológicos sino a los de Ciencias Naturales y fue en las facultades de Ciencias donde en muchos casos se comenzó a impartir la docencia de la prehistoria. Los ejemplos de esto son múltiples. El primero que citaré será el de Francia, donde la prehistoria se enseñaba en la Facultad de Ciencias de Toulouse por Cartailhac hacia principios de siglo (Boule 1921), y donde ésta formaría parte del Instituto de Paleontología Humana creado en 1910 con sede en París. También en España la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehis-

tóricas (1912-1939) supondría un primer intento de institucionalización de la prehistoria con sede en el Museo de Ciencias Naturales en Madrid y dirigida como subdirector primero y luego director por el Catedrático de Geología de la Facultad de Ciencias de Madrid, Eduardo Hernández-Pacheco. Esta situación también era frecuente en América como lo muestra el ejemplo de Argentina – al que se le podrían añadir muchos otros. En aquel país hacia principios de siglo Gustavo Politis e Irina Podgorny nos relatan cómo los objetos prehistóricos (indígenas) iban a parar al museo de Ciencias Naturales de la Plata (Podgorny 1997, Politis 1995).

Pero que mientras que en el viejo mundo, como veremos en el próximo apartado, la prehistoria se trasladó del campo de las Ciencias Naturales al de la Historia hacia principios del siglo XX – aunque hay persistencias posteriores como es el caso de Portugal (Díaz-Andreu 1997a) – en la mayoría del nuevo mundo los estudios prehistóricos, es decir precolombinos, continuarían en las Ciencias Naturales y el paso que darían sería hacia la antropología. La razón para esto se hallaría en el evolucionismo del siglo XIX. En el caso de las sociedades donde existía una discontinuidad evidente entre los restos prehistóricos que simbolizaban el pasado de las poblaciones indígenas coetáneas y las poblaciones “civilizadas” blancas que las dominaban, la arqueología sirvió para justificar el *status quo* existente (Kuper 1988). La cultura material indígena era semejante a la encontrada en las rebuscas arqueológicas tanto en los países colonizados (o de reciente independencia) como en aquellos mismos. Es decir, que siguiendo una lógica evolucionista se podía inferir que en contraste con las poblaciones europeas – y sobre todo aquellas más rubias del norte de Europa – que habían llegado a la cima del progreso conocido hasta entonces, las poblaciones indígenas no habían evolucionado, se habían quedado atrasadas. Como el progreso tecnológico se asociaba con el progreso social y moral (no hemos de olvidar que el siglo XIX fue el de la Revolución Industrial llevada a cabo fundamentalmente por las clases medias, de las que provenían los arqueólogos), era evidente que desde el punto

de vista moral las poblaciones indígenas eran igualmente reprobables. Todo esto se unía con la consideración que de ellas se tenían de inferiores tanto desde un punto de vista genético como cultural. En un primer momento se pensó que su misma postergación ante el progreso iba a llevar ineludiblemente a su extinción y esto llevó a la creación de museos a los que fueron a parar tanto objetos etnográficos como arqueológicos (Bowler 1992; McGuire 1989; McGuire 1992; Trigger 1980). En un segundo momento, cuando se hizo evidente que estas poblaciones no iban a desaparecer – por lo menos en masa – la continuación de las colecciones se justificó como una forma de aumentar la escasa información disponibles sobre estos grupos supervivientes de una época anterior. En todo caso, estos museos junto con la labor de arqueólogos y antropólogos justificaban la creencia de que era deber de las naciones civilizadas – o del estrato de la sociedad civilizado en el caso de las naciones americanas – de ayudar a los más atrasados a desarrollarse. De esta forma la colonización quedaba legitimizada.

El paso de la prehistoria desde las Ciencias Naturales a la Historia sólo ocurriría a finales del siglo XIX y fundamentalmente en el siglo XX y será Alemania la que tendría un protagonismo fundamental en este cambio. Este se fundamentó en el surgimiento de una teoría arqueológica, el historicismo cultural, también estuvo unido al auge del nacionalismo étnico o cultural. Esta teoría tendría tanto éxito que, pese a que ha experimentado una evolución interna, todavía sigue vigente y es practicada por la gran mayoría de los arqueólogos y arqueólogas sin excepción de país, lengua o hemisferio.

El nacionalismo étnico o cultural y el historicismo cultural en arqueología

La unificación de Italia y Alemania en 1870 y 1871, como he explicado más arriba, transformó radicalmente el carácter del nacionalismo, de tal manera que si el nacionalismo cívico no desapareció, vino a integrarse dentro del nacionalismo de tipo étnico o cultural. Es decir, a partir de ahora características como la educación universal o la igualdad de derechos

y deberes ya no estarían necesariamente unidas al concepto de nación – aunque sí al de la nación democrática. La nación comenzó ahora a basarse fundamentalmente en la esencia que la justificaba, que podía ser por una parte una cultura o una raza o una lengua en común y en todo caso por la otra, un pasado común. Esto llevó a que el pasado propio – medieval o prehistórico –, por contraposición al clásico, adquiriera progresivamente mayor importancia. El cambio difícilmente se podría haber dado en Italia, donde el pasado propio se confundía con lo clásico y ello permitió la continuación del subdesarrollo de los estudios prehistóricos (Guidi 1996). Por ello no ha de extrañarnos que fuera en Alemania donde se produjera esta transformación.

Los términos empleados por las publicaciones arqueológicas durante la mayoría del siglo XIX para significar un conjunto de personas unidas bajo el mismo poder político y con una serie de rasgos comunes fueron los de ‘nación’ o ‘pueblo’ o ‘raza’ (sin que tuviera este último término las connotaciones biológicas que luego más tarde adquiriría durante el mismo siglo XIX y fundamentalmente en el XX). Varios ejemplos es estos usos bastarán: en 1797 el inglés John Frere describía unos bifaces paleolíticos como “armas de guerra, fabricadas y usadas por un *pueblo* que no utilizaba metales” (Daniel 1975: 31). O en 1847 el arqueólogo danés Jens Worsaae aludía de una manera un tanto ilógica en sus *Primeras antigüedades de Dinamarca* que “aunque se reconocía ahora generalmente que nuestro país nativo se ha habitado por varias *razas* diferentes, todavía se supone que todas estas antigüedades debían haber pertenecido a solo *uno* y *único pueblo*” (Daniel 1975: 39). La palabra ‘nación’ se empleó fundamentalmente en los países de lenguas romances, pero ya en el siglo XIX la encontramos en países de lenguas germánicas. Así el británico Richard Colt Hoare decía refiriéndose al túmulo megalítico irlandés de New Grange que todavía no era conocido “a qué *nación* se podría razonablemente atribuir la construcción de tal singular monumento” (Daniel & Renfrew 1988: 19-20).

Estos términos de ‘nación’, ‘pueblo’ y ‘raza’ fueron sustituidos por el de ‘cultura’ a lo largo del siglo XIX y fundamentalmente en el

XX (Díaz-Andreu 1996a) y ello se hizo en el contexto del cada vez mayor éxito del nacionalismo étnico o cultural. He de apuntar, sin embargo, que en Francia, donde el nacionalismo cívico siguió teóricamente en boga durante más tiempo que en ningún otro lado, junto al término 'cultura' se empleó – y emplea – con gran asiduidad el de 'civilización'. El uso del término 'cultura' había resurgido ya antes de la unificación alemana (ver ejemplos en Díaz-Andreu 1996) pero para su aceptación dentro del vocabulario arqueológico especializado fue fundamental el desarrollo en las ciencias antropológicas de la teoría del historicismo cultural, de los *Kulturkreise* o círculos culturales formulada por Frobenius en 1898 (Zwerne-mann 1983: 31) cuya traducción a la arqueología se realizaría por Gustaf Kossinna en 1911.

La primera definición del término de cultura arqueológica, sin embargo, sólo se produciría en 1929 y ésta vendría de Gordon Childe. Pero antes de continuar mi relato dentro de la arqueología creo que es importante preguntarse porqué esta idea surgida en Alemania tuvo tanto éxito en el resto de Europa. Para responder a esta cuestión creo que debemos reflexionar sobre el contexto político en el que esta difusión se produjo: la primera Guerra Mundial. Por una parte ésta supuso el fracaso rotundo de la internacionalización de las clases trabajadoras pretendida por los seguidores de Marx. Los obreros de cada país lucharon por su nación y no por la causa común del proletariado. A este apoyo de las masas al nacionalismo habría que añadir otro hecho que tendría especial importancia para el desarrollo del mismo. Eric Hobsbawm (Hobsbawm 1990) apunta la relevancia que tuvieron los acuerdos de guerra para la definitiva imposición del nacionalismo como teoría política. El criterio nacional fue empleado en estos acuerdos para redefinir el mapa político de Europa lo que llevó no a unir diversas unidades políticas en nuevas naciones – como había ocurrido en el caso de Alemania y de Italia – sino a separar estados como el imperio Austro-Húngaro en diversas naciones, en algunos casos casi inventadas como fue el caso de Yugoslavia.

Fue en este contexto de auge del nacionalismo en el que los arqueólogos vivían – y al

que los arqueólogos contribuyeron en muchos casos como miembros del ejército – en el que la palabra 'cultura' fue rápidamente aceptada en la arqueología prehistórica. Como he dicho antes fue Gordon Childe el primero en definirla de una manera más sistemática en 1929, aunque sólo lo hizo de una manera casi podríamos decir indirecta. Según Childe:

Encontramos ciertos tipos de restos – vasijas, útiles, ornamentos, ritos de enterramiento, plantas de casas – que constantemente se encuentran asociadas. A tal complejo de características regularmente asociadas denominaremos un 'grupo cultural' o simplemente una 'cultura' (Childe 1929: V-VI).

Lo que vemos aquí, por tanto, es que el término 'cultura' vino a significar algo así como una 'nación ya desaparecida'. 'Nación' pasaba a ser un término empleado únicamente para época moderna. Para momentos anteriores a partir de ahora se utilizaría 'cultura'. Entre paréntesis quizá sea importante aludir a que al mismo tiempo que esto estaba ocurriendo en arqueología en antropología la palabra 'cultura' que como hemos visto había comenzado a emplearse en 1898 se sustituyó hacia los años veinte por la de 'tribu' o la de 'grupo étnico' (Jenkins 1997). Los arqueólogos decidieron, sin embargo, no emplear 'etnia' para referirse a culturas, puesto que como el catalán Pere Bosch Gimpera afirmaba hacia los años treinta, era preferible emplear el término 'etnia' para los grupos citados en las fuentes escritas, mientras que para los grupos arqueológicos él prefería seguir usando el término 'cultura'.

La introducción del término 'cultura' en la arqueología vino acompañada por un reconocimiento de la prehistoria como el origen de la nación y esto llevó a que su estudio pasara primero en Alemania, y más tarde en muchos otros países por influencia germana, de las Ciencias Naturales a las facultades de historia. España es un buen ejemplo de esto. En aquel país se concedió en 1922 la primera cátedra oficial de estos estudios, la llamada de Historia Primitiva del Hombre, en la facultad de Madrid. No de forma casual ésta fue creada para un alemán, Hugo Obermaier, al que el principio de la I Guerra Mundial había sorprendido en España impidiéndole por razones evidentes su vuelta a París donde trabajaba en el Instituto

de Paleontología Humana al que antes me he referido. El otro catedrático que de forma extraoficial había estado enseñando prehistoria era Pere Bosch Gimpera en Barcelona, y su cátedra se encontraba en la sección de Historia dado que oficialmente se llamaba de Historia Antigua y Media hasta 1933 en la que el nombre cambió al de Prehistoria. Pero lo que me interesa resaltar de Bosch Gimpera es que éste se había recibido su educación en arqueología en Alemania (Díaz-Andreu 1995a) y su admiración por la arqueología de aquel país perduró toda su vida (Bosch Gimpera 1980). La influencia de la arqueología alemana en países como Canadá (Trigger 1981) o Estados Unidos (véase los apellidos de Kroeber y Kluckhohn (Kroeber & Kluckhohn 1952)) indica esta misma influencia al otro lado del Atlántico.

La adopción de una nueva teoría, la del historicismo cultural, estuvo también aparejada a un aumento significativo en la utilización de la arqueología para fines políticos. Esta se produjo en naciones con independencia política – ahora interesadas en crear un nacionalismo de masas – y en otras en las que ésta era reclamada y cuyo futuro independiente se había hecho posible al aceptarse el nacionalismo definitivamente como argumento al fin de la I Guerra Mundial. Como el concepto de nación cultural o étnica estaba basado, lógicamente, en el de comunidad étnica seguiré los criterios de Anthony Smith (1991: 21) para definirla para explicar este punto. Estos son: la existencia de un nombre colectivo; de un mito de origen común; de memorias históricas compartidas; de uno o más elementos diferenciadores de cultura común; una asociación con un lugar de origen específico; y finalmente un sentimiento de solidaridad entre sectores significativos de la población. Siguiendo estos puntos intentaré aclarar de qué forma la arqueología se implicó en el nacionalismo de tipo étnico o cultural tanto antes pero sobre todo después de la primera Guerra mundial, tendencia que, pese a la terrible complicidad de la arqueología alemana durante la segunda gran confrontación (Arnold 1990, Arnold & Hassmann 1995, Bollmus 1970, Kater 1974, Losemann 1977), aunque ver Junker (Junker 1998a, Junker 1998b), y en cierta manera también de la

arqueología italiana (Guidi 1996: 112-5; Torelli 1991), seguiría al término de la misma.

En cuanto al empleo de un nombre colectivo la arqueología ayudó a buscar un pasado a determinados etnias, llamadas ahora culturas o civilizaciones en arqueología, que formaban parte o la práctica totalidad de la nación. En ocasiones los datos arqueológicos actuaron como una proyección aparentemente nada problemática de lo actual hacia épocas anteriores, impresión ofrecida por la práctica de llamar a los grupos desaparecidos con el mismo nombre que los modernos. Esto pasó en el caso de los alemanes (Wiwjorra 1996), y los eslavos (Raczkowski 1996: 207, Shnirelman 1996). En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, las etnias actuales se basaron en culturas o civilizaciones pasadas conocidas con nombres diferentes al grupo contemporáneo. Un ejemplo de esto se dió en la recién creada república de Turquía en 1923, para cuya base histórica su dirigente, Kemal Atatürk, quiso ver la civilización sumeria e hitita, de tal manera subrayando que desde un pasado remoto Turquía había estado caracterizada por una variada composición étnica (Özdoğan 1998: 116-7). También se emplearon culturas prehistóricas de forma semejante. Así en Portugal el catedrático de arqueología y conservador del Museo Nacional de Arqueología, Manuel Heleno (1894-1970), en una conferencia de prensa dada en 1932 y que tuvo gran impacto posterior reclamaba la cultura megalítica como el origen de la nación portuguesa, creencia todavía muy extendida entre gran número de intelectuales (Fabião 1996: 96-97). En cuanto al periodo medieval cristiano, éste fue el que más éxito tuvo por lo general en todas las naciones europeas (Olmo Enciso 1991; Pohl 1997), pero ver (Díaz-Andreu 1996b).

Todo lo explicado en el párrafo anterior lleva al segundo atributo, el del mito de origen común para el que la historia en lo referente a los momentos más recientes y para los anteriores la arqueología proveyeron de datos. En Polonia, basta ver los títulos de los artículos publicados por von Richthofen y por Kostrzewski para inferir su contenido nacionalista (Raczkowski 1996: 205-6). Pero además de artículos académicos – y de otros múltiples publicados en

periódicos de gran tirada cuyo estudio todavía no se ha realizado –, en la mayoría de los países en esta época los arqueólogos se lanzan a publicar obras de tipo más general pensadas para llegar a un público más amplio. En México, por ejemplo, aparece en 1916 el libro *Forjando Patria* publicado por el arqueólogo mexicano Manuel Gamio. Si acudo al caso de España, que es el que más conozco, son de este momento la *Prehistoria Universal y Especial de España* del Padre Carballo de 1924; la más importante *Etnología de la Península Ibérica* de Pere Bosch Gimpera originalmente publicada en catalán en 1932, y que pese a su nombre significativamente trataba de prehistoria, o la conferencia sobre “España” dada por el mismo autor en plena Guerra Civil española; o las enciclopedias que empezaron a hacerse populares en estos momentos, como la del tomo producido por el discípulo del último, Luis Pericot, sobre *Historia de España. Geografía histórica general de los pueblos hispanos. Tomo I. Epocas primitiva y romana* en 1934.

Estas publicaciones de carácter general y de las más concretas derivadas de los trabajos arqueológicos tuvieron un impacto mayor que el puramente académico, pues su contenido llegó a un público más general, reforzando por tanto la creación de la memoria histórica compartida de la que hablaré en el próximo párrafo. Las ideas expresadas por la arqueología se recogieron, como varios autores han estudiado (Podgorny 1994, Ruiz Zapatero & Alvarez-Sanchís 1997) en los manuales escolares. Además el trabajo de los artistas hará que el eco del trabajo arqueológico llegue mucho más lejos. Así la influencia ejercida por las obras ibéricas de la Edad del Hierro y etnográficas principalmente africanas en cuadros como *Las señoritas de Aviñón* de Pablo Picasso (Walther 1993: 37-40), o la del arte precolombino en los frescos producidos por Diego Rivera en México (Kettenmann 1997), producirán un efecto mucho mayor y más duradero que el que los arqueólogos habrían podido tener por sí mismos.

El trabajo de los arqueólogos – y de las primeras arqueólogas que empiezan a encontrar trabajo por estos años (Díaz-Andreu & Sørensen 1998) – ofrecía al nacionalismo

símbolos materiales políticamente efectivos y no es casualidad que en este periodo de entreguerras se viera por primera vez una inversión estatal importante para la excavación sobre todo de sitios señalados para el discurso nacionalista. Lo que pretendía el estado-nación era crear un paisaje nacional propio, fijar una memoria histórica compartida por todos los miembros de la nación. Así determinados yacimientos claves en el discurso nacionalista que en algunos casos ya habían llamado una cierta atención hacia las últimas décadas del siglo XIX pero sin tener gran repercusión a largo plazo como Alésia en Francia o Numancia en España, ahora volverán a ser el centro de atención. La historia de las excavaciones en este último yacimiento es buen ejemplo. Tras algún intento anterior que acabó en monumentos a medio construir o de tamaño claramente deficiente, en 1905 un potentado de la ciudad más cercana decide costear la erección de uno a la altura de las circunstancias en memoria de los caídos en Numancia. Significativamente se logra que sea el rey quien lo inaugure, pero cuando éste acude se encuentra con que apenas unos pocos días antes un arqueólogo alemán, Adolf Schulten, ha comenzado la primera excavación seria del sitio. Aquello constituyó tal escándalo que terminó en la prohibición al alemán de realizar sus investigaciones en el cerro tras lo que éste revierte su esfuerzo a la búsqueda de los campamentos romanos que habían sitiado la ciudad. Para los trabajos sobre el yacimiento se crea una comisión dirigida por el prestigioso arqueólogo José Ramón Mélida, quien de forma reveladora calificará su labor como un “deber nacional” (Díaz-Andreu 1995b: 44-5, Jimeno & Torre 1997). Numancia será uno de los yacimientos que más dinero reciba desde entonces hasta la guerra civil (Díaz-Andreu 1997b). Otros dos ejemplos de excavaciones con claras connotaciones nacionalistas bastarán para dejar clara la utilización de la arqueología en la fijación de la memoria histórica. En México fue igualmente en este periodo es cuando comienza la exploración sistemática de yacimientos como Teotihuacán por Manuel Gamio (Brading 1988) y en Polonia el yacimiento de Biskupin encontrado en 1933 comenzaría a tener una importancia inmensa a

nivel propagandístico dentro de un ambiente cada vez más influido por el nacionalismo previo a la II Guerra Mundial (Raczkowski 1996). Los resultados obtenidos por la arqueología, por tanto, sirvieron – y todavía sirven en muchos casos – para retrotraer al pasado los elementos diferenciadores de la cultura común de la nación. Así el nacionalista catalán Prat de la Riba quiso ver rasgos fonéticos propiamente catalanes ya en la escritura ibérica prerromana en su libro de 1906 *La Nacionalitat Catalana*, o los arqueólogos que trabajaron en Numancia hablarían de la valentía y bravura del espíritu español. El alto nivel de civilización que parecía demostrar el yacimiento de Biskupin en Polonia se empleó como prueba del progreso que ya mostraba la nación incluso en época prehistórica (Raczkowski 1996).

La arqueología también proveyó a la historia de cada nación con lugares de origen específicos. En el periodo de entreguerras, durante e inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, esta búsqueda de los lugares de origen pobló las publicaciones de arqueología de mapas con flechas en las que se trazaban el camino seguido por determinados pueblos. No es difícil ver una conexión entre estas teorías y la situación política del momento, lo que han estudiado autores como John Chapman para el caso de Marija Gimbutas (Chapman 1998). Esta relación la encontramos explícitamente indicada por algunos de los que vivieron en aquella época (Hawkes & Hawkes 1943). Más tarde, sin embargo, las flechas fueron desapareciendo para dar lugar a hipótesis sobre transmisión de ideas por una incierta aculturación. Hoy en día, con los análisis de ADN, otro tipo de flechas están volviendo, aunque en un mismo artículo éstas sirvan para justificar cosas muy diferentes en el caso de los vascos y en el de los pueblos anatólicos.

Como sinopsis de lo dicho en estos últimos párrafos resaltaré de nuevo que la arqueología, al adoptar la teoría histórico cultural que todavía es predominante en gran parte del mundo, suministró al nacionalismo el pasado, las Edades de Oro, que mostraban su importancia y los símbolos que éste necesitaba. El historicismo cultural

supuso de alguna manera la teorización de una serie de tendencias que ya se estaban produciendo en la época anterior, sobre todo desde 1870, y la aceptación que hoy en día aún tiene es reflejo a mi entender de el éxito que todavía mantiene el nacionalismo étnico y cultural y que hacen explicables en la actualidad a un nivel político unificaciones como la alemana y desafortunadas guerras como la yugoslava y a un nivel más arqueológico problemas como los que resaltaré en la última sección de este trabajo.

Un largo camino por recorrer: el desafío de la pérdida de la inocencia política

Habría otros temas que podrían ser desarrollados en un trabajo de esta índole igualmente vinculados con el nacionalismo de tipo étnico o cultural y que se refieren a la época posterior a la última gran confrontación y a los años que estamos viviendo. Estos otros puntos a tratar se refieren a la utilización de la arqueología por el nuevo imperialismo posterior a la segunda Guerra Mundial, fundamentalmente por parte de Estados Unidos (Evans & Meggers 1973, Gassón & Wagner 1994: 127-8, Patterson 1986: 13-14, Schávelzon 1988, Schávelzon 1989), o al reciente debate sobre quién tiene prioridad, si los arqueólogos y arqueólogas que han dominado durante estos dos últimos siglos, o si los indígenas que reclaman el derecho al control de “su” pasado (Layton 1989a, 1989b). Este último asunto tiene consecuencias que van mucho más lejos de los que algunos han querido ver y por tanto me detendré brevemente en esta cuestión antes de dar fin a la discusión sobre nacionalismo y arqueología que vengo desarrollando en este artículo.

Como he explicado en otro lugar (Díaz-Andreu 1998) la retórica aplicada por las comunidades indígenas está lejos de estar conectada con un sistema de valores que no ha variado con la colonización, como así parecen propugnar aquéllos – incluidos arqueólogos y arqueólogas profesionales – que las defienden. Muy al contrario de esto opino que estamos ante un ejemplo más de

globalización, en este caso referente a la forma de expresar la identidad, en concreto la étnica y nacional (pero también otras como explicaré en el próximo párrafo) de la forma tal y como la sociedad occidental lo ha estado haciendo estos dos últimos siglos, buscando y definiendo una o varias Edades de Oro que fundamentan el presente. Lo que estamos presenciando, a mi entender, es un movimiento por parte de los indígenas hacia la elaboración de la historia de sus comunidades con una finalidad que nos es conocida, la de establecer un pasado que las legitime. Del éxito que les ha supuesto la adopción del discurso nacionalista son prueba las nuevas legislaciones en países como Estados Unidos o Australia que han limitado en gran manera el trabajo arqueológico (Hubert 1989). Es decir, sólo cuando estas comunidades han abandonado su propio lenguaje para adoptar el nuestro nacionalista es cuando sus reivindicaciones han podido ser entendidas por el mundo occidental. Este ahora ya no les reconoce un carácter simplemente tribal sin más, como así se hacía en el pasado, sino más bien uno propiamente étnico al nivel de cualquier otra etnia occidental y como tal, *por tanto*, se hace obvio el derecho que tienen a reclamar un territorio propio y el control sobre el mismo – incluyendo la gestión de los restos arqueológicos.

El problema, sin embargo, no es tan fácil puesto que tiene implicaciones mucho mayores. Las comunidades indígenas no son las únicas que están exigiendo el derecho a la historia y a los restos materiales del pasado, ya que existen otros grupos que también lo hacen: los *New Age travellers* (Finn 1997), los druidas (Chippindale *et al.* 1990), o las ecofeministas que quieren ver en Çatal Höyük u otros yacimientos como símbolos de un poder femenino perdido (Conkey & Tringham 1995, Hodder 1998, Meskell 1998). Por las mismas razones que la arqueología profesional tiene derechos o que ahora se empieza a aceptar que las comunidades indígenas también los tienen, estas otras comunidades unidas por otro tipo de identidades que no la académica, étnica y/o nacional, también los deberían tener. Los conflictos de intereses que todo esto está suponiendo representan actualmente un reto muy grave, a la arqueología que no será fácil

resolver, pero cuya confrontación es inevitable, como así parecen demostrarlo la creciente politización de congresos internacionales de arqueología como el *World Archaeological Congress* (Colley 1995, Funari & Podgorny 1998, Ucko 1987).

Terminaré haciendo una reflexión sobre si los arqueólogos y arqueólogas son conscientes de la implicación política de su quehacer científico y sobre la importancia, en todo caso, que tiene el que lo sean. La gran mayoría se resiste a admitir tal relación entre una disciplina que consideran – correctamente – científica y la política, aunque en la literatura publicada en lengua inglesa (como bien se puede ver en la bibliografía que cito en este artículo) hay cada vez una mayor apertura hacia estos temas. Las alusiones al patriotismo tan frecuentes en el siglo XIX y que hacían tan evidente el carácter nacionalista de la arqueología desaparecieron hace ya bastante de las publicaciones, aunque ciertas reminiscencias se pueden encontrar todavía en los prólogos de volúmenes cuyo contenido parece clamar a la más pura objetividad. Es decir, es verdad que ya no es tan explícita tal relación, pero esto no significa que no exista. Por otra parte cabe preguntarse si la arqueología que hoy en día está defendiendo las muchas veces justas reivindicaciones de las poblaciones indígenas sabe distinguir entre el uso político de la arqueología durante estos dos últimos siglos y la retórica elegida para tales reclamaciones. No estoy defendiendo la necesaria priorización de la lectura arqueológica o la de los intereses de grupos económicos frente a otras lecturas de comunidades indígenas o de otros. Pero lo que está en juego es la validez del discurso arqueológico – y, siguiendo a Eco (Eco 1990) todavía pienso que ésta la tiene – y tal validez dependerá en parte de lo conscientes que seamos de las condiciones que han hecho y siguen haciendo posible la arqueología profesional y esto no sólo pasa por una revisión historiográfica, sino también por su contraposición con voces alternativas. No es posible hacer arqueología sin hacer política, y aceptarlo y actuar éticamente en consecuencia nos pondrá en una situación a mi entender más ventajosa para afrontar el desafío que esto supone.

Agradecimientos

Este artículo constituye el resumen de mis conferencias dadas en agosto de 1999 en Siena, Italia, donde fui invitada por el Prof. Nicola Terrenato a impartir docencia en el Curso de Arqueología y Teoría organizado por

la International School in Archeologia. Mis notas producidas para aquella ocasión fueron más tarde completadas en mi viaje a Brasil en noviembre de 1999, organizado por el Prof. Funari mediante una beca de la FAPESP para dar conferencias en las universidades de São Paulo, Campinas y Joinville.

DIAZ-ANDREU, M. Nationalism and Archaeology: the political context of our discipline. *Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia*, São Paulo, 11: 3-20, 2001.

ABSTRACT: This article discusses how present identities, and in particular nationalism, influence the way in which we think about the past. As I will argue, archaeological endeavour cannot be understood outside its socio-political context in which present identities play a crucial role. The emergence of archaeology as a professional discipline was closely related to the success of nationalism as a political option to sustain the modern state. Archaeology was, thus, transformed from an erudite enterprise to a professional discipline in a specific political context ruled by the success of nationalist ideology. I will contrast archaeological practice with nationalism in its various periods. . . . Despite changes in nationalism, it still maintains its importance in an analysis of current developments in world archaeology. In this light I will discuss the integration of indigenous communities into the management of the past.

UNITERMS: Archaeology and politics – Nationalism – Heritage – Natives.

Referencias bibliográficas

- ARATA, F.P.
1998 La naissance du musée du Capitole. J. Raspi Serra; F. de Polignac (Eds.) *La Fascination de l'Antique 1700-1770. Rome découverte. Rome inventée*. Lyon, Musée de la Civilisation Gallo-Romaine. Lyon, Somogy Editions d'Art: 48-51.
- ARNOLD, B.
1990 The past as propaganda: totalitarian archaeology in Nazi Germany. *Antiquity*, 64: 464-78.
- ARNOLD, B.; HASSMANN, H.
1995 Archaeology in Nazi Germany: the legacy of the Faustian bargain. P.L. Kohl; C. Fawcett (Eds.) *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 70-81.
- BARBANERA, M.
1998 *L'archeologia degli italiani*. Nuova Biblioteca di Cultura, Roma: Editori Riuniti.
- BERNAL, I.
1979 *Historia de la arqueología en México*. México DF: Porrúa.
- BÖHNER, K.
1981 Ludwig Lindenschmidt and the Three Age System. G. Daniel (Ed.) *Towards a history of archaeology*. London, Thames and Hudson: 120-126.
- BOLLMUS, R.
1970 *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: Zum Machtkampf in nationalsozialistischen Herrschaftssystem*. Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt.
- BONAVIA, D.
1984 Peru. H. Cleere (Ed.) *Approaches to the Archaeological Heritage*. Cambridge, Approaches to the Archaeological Heritage: 109-115.
- BOSCH GIMPERA, P.
1980 *Memories*. Barcelona: Edicions 62.

- BOULE, M.
1921 Émile Cartailhac (1845-1921). *L'Anthropologie*, 31: 587-608.
- BOWLER, P.
1992 From 'savage' to 'primitive': Victorian evolutionism and the interpretation of marginalized peoples. *Antiquity*, 66: 721-9.
- BRADING, D.
1988 Manuel Gamio and Official Indigenismo in Mexico. *Bulletin of Latin American Research*, 7: 75-89.
- BRADLEY, R. (Ed.)
1996 *Sacred Geography*. London: Routledge.
1998 *The Significance of Monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. London: Routledge.
- CHAKRABARTI, D.K.D.K. (Ed.)
1988 *A history of Indian archaeology from the beginning to 1947*. New Delhi: Munshiram Manoharlal.
- CHAPMAN, J.
1998 The impact of modern invasions and migrations on archaeological explanation. A biographical sketch of Marija Gimbutas. M. Díaz-Andreu; M.L.S. Sørensen (Eds.) *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. London, Routledge: 295-314.
- CHÁVEZ, S. J.
1992 A methodology for studying the History of Archaeology: an Example from Peru (1524-1900). J.E. Reyman (Ed.) *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*. Avebury, Aldershot: 35-49.
- CHILDE, V.G.
1929 *The Danube in Prehistory*. Oxford: Clarendon Press.
- CHIPPINDALE, C.; DEVEREAUX, P.; FOWLER, P.; JONES, R.; SEBASTIAN, T.
1990 *Who owns Stonehenge?* London: Batsford.
- COLLEY, S.
1995 What happened at WAC-3? *Antiquity*, 69: 15-18.
- CONKEY, M.W.; TRINGHAM, R.
1995 Archaeology and the Goddess: Exploring the Contours of Feminist Archaeology. D.C. Stanton; A.J. Stewart (Eds.) *Feminisms in the Academy*. Ann Arbor, The University of Michigan Press: 199-247.
- DANIEL, G.E.
1975 *A Hundred and Fifty Years of Archaeology*. London: Duckworth.
- DANIEL, G.E.; RENFREW, C.
1988 *The Idea of Prehistory*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- DÍAZ-ANDREU, M.
1994 The Past in the Present: the Search for Roots in Cultural Nationalisms. The Spanish Case. J.G. Beramendi, R. Máiz; X.M. Núñez (Eds.) *Nationalisms in Europe: Past and Present I*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela: 199-218.
- 1995a Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación Estudios (I) Pedro Bosch Gimpera. *Madrid Mitteilungen*, 36: 79-89.
- 1995b Nationalism and Archaeology. Spanish Archaeology in the Europe of Nationalities. P.L. Kohl; C. Fawcett (Ed.) *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 39-56.
- 1996a Constructing identities through culture. P. Graves-Brown; S. Jones; C. Gamble (Eds.) *Cultural Identity and Archaeology*. London, Routledge: 48-61.
- 1996b Islamic Archaeology and the Origin of the Spanish Nation. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 68-89.
- 1997a Conflict and innovation: the development of archaeological traditions in Iberia. M. Díaz-Andreu; S. Keay (Eds.) *The Archaeology of Iberia. The Dynamics of Change*. London, Routledge: 6-33.
- 1997b Nación e internacionalización. La arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX [Nation and internationalisation. Spanish archaeology during the first three decades of the twentieth century]. G. Mora; M. Díaz-Andreu (Eds.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Madrid, Málaga, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga: 403-416.
- 1998 Identitats i el dret al passat. Del nou al vell món [Identities and the right to the past. From the New to the Old World]. *Cota Zero*, 14: 41-52.
- DÍAZ-ANDREU, M.; SØRENSEN, M.L.S. (Eds.)
1998 *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. London: Routledge.
- ECO, U.
1990 *The limits of interpretation*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.
- EVANS, C.; MEGGERS, B.J.
1973 United States 'Imperialism' and Latin American Archaeology. *American Antiquity*, 38: 257-8.
- FABIÃO, C.
1996 Archaeology and nationalism: the Portuguese case. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and*

- Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 90-107.
- FINN, C.
1997 Leaving more than footprints. Modern votive offerings at Chaco Canyon Prehistoric site. *Antiquity*, 71: 169-178.
- FLORESCANO, E.
1993 The Creation of the Museo Nacional de Antropología de México and its Scientific, Educational and Political Purposes. E.H. Boone (Ed.) *Collecting the Pre-Columbian Past*. Washington DC, Dumbarton Oaks Research Library and Collection: 81-104.
- FUNARI, P.P.A.
1992 La Arqueología en Brasil: política y academia en una encrucijada. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 57-69.
- FUNARI, P.P.A.; PODGORNÝ, I.
1998 Congress Review: is archaeology only ideologically biased rhetoric? A report on WAC Inter-Congress on the destruction and conservation of cultural property, Brac, Croatia, May 1998. *European Journal of Archaeology*, 1: 416-424.
- GASSÓN, R.; WAGNER, E.
1994 Venezuela: Doctors, Dictators and Dependency (1932 to 1948). A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Avebury, Aldershot: 124-136.
- GRAN-AYMERICH, E.
1998 *Naissance de l'Archéologie Moderne, 1798-1945*. Paris: CNRS.
- GRÄSLUND, B.
1981 The background to C.J.Thomsen's Three Age System. G. Daniel (Ed.) *Towards a history of archaeology*. London, Thames and Hudson: 45-50.
- GUIDI, A.
1988 *Storia della paleontologia*. Roma: Laterza.
1996 The Italian pluriverse: different approaches to prehistoric archaeology. *The European Archaeologist*, 5: 5-8.
- HAWKES, C.; HAWKES, J.
1943 *Prehistoric Britain*. Harmondsworth: Penguin Books.
- HOBBSAWM, E.J.
1990 *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HODDER, I.
1998 The past as passion and play: Çatalhöyük as a site of conflict in the construction of multiple pasts. L. Meskell (Ed.) *Archaeology under fire. Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*. London, Routledge: 124-139.
- HUBERT, J.
1989 A proper place for the dead: a critical review of the 'reburial issue'. R. Layton (Ed.) *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*. One World Archaeology 8. London, Unwin Hyman: 131-166.
- HUIZINGA, J.
1972 Nationalism in the Middle Ages. C.L. Tipton (Ed.) *Nationalism in the Middle Ages*. New York, Holt, Rinehart and Winston: 14-24.
- JENKINS, R.
1997 *Rethinking Ethnicity: Arguments and Explorations*. London: Sage Publications.
- JIMENO, A.; TORRE, J.I. d.l.
1997 Numancia y Regeneración. G. Mora and M. Díaz-Andreu (Ed.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Madrid, Málaga, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga: 471-484.
- JUNKER, K.
1998a *Das Archäologische Institut des Deutschen Reiches zwischen Forschung and Politik. Die Jahre 1929 bis 1945*. Mainz: Verlag Philipp von Zabern.
1998b Research under dictatorship: the German Archaeological Institute 1929-1945. *Antiquity*, 72: 282-92.
- KATER, M.
1974 *Das 'Ahnenerbe' des SS 1935-1945. ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches 1933-1945*. Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt.
- KETTENMANN, A.
1997 *Diego Rivera 1886-1957. A Revolutionary Spirit in Modern Art*. Koln: Taschen.
- KLINDT-JENSEN, O.
1975 *A history of Scandinavian archaeology*. London: Thames and Hudson.
- KROEBER, A.L.; KLUCKHOHN, C.
1952 *Culture. A critical review of concepts and definitions*. Papers of the Peabody Museum 47(1). Cambridge, Massachusetts: Peabody Museum.
- KÜHNEL, R.
1985 *Die Weimarer Republik*. Hamburg: Rowolth Taschenbuch.
- KUPER, A.
1988 *The Invention of Primitive Society: Transformation of an illusion*. London: Routledge.
- LAYTON, R. (Ed.)
1989a *Conflict in the archaeology of living traditions*. London: Unwin Hyman.
1989b *Who needs the past?* London: Unwin Hyman.
- LOSEMANN, V.
1977 *Nationalsozialismus und Antike. Studien zur Geschichte des Faches Alte Geschichte*

- 1933-1945. Hamburg: Hoffmann & Campe.
- McGUIRE, R.H.
 1989 The sanctity of the grave: White concepts and American Indian burials. R. Layton (Ed.) *Conflict in the archaeology of living traditions*. One World Archaeology 8. London, Unwin Hyman: 167-84.
 1992 Archaeology and the first Americans. *American Anthropologist*, 94: 816-836.
- MESKELL, L.
 1998 Oh my Goddess! Archaeology, Sexuality and Ecofeminism. *Archaeological Dialogues*, 5: 126-142.
- MOMIGLIANO, A.
 1955 Ancient History and the Antiquarian (Ed.) (1950) *Contributo alla storia degli studi classici I*. Roma, L'Erma: 67-106.
- MORA, G.
 1998 'Historias de mármol'. *La arqueología clásica española en el siglo XVIII*. Anejos de Archivo Español de Arqueología 18. Madrid: CSIC, Polifemo.
- OLMO ENCISO, L.
 1991 Ideología y arqueología. Los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX. J. Arce; R. Olmos (Eds.) *Historiografía de la arqueología y de la Historia antigua en España*. Madrid, Ministerio de Cultura: 157-160.
- ÖZDOGAN, M.
 1998 Ideology and archaeology in Turkey. L. Meskell (Ed.) *Archaeology under fire. Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*. London, Routledge: 111-123.
- PATTERSON, T.C.
 1986 The last sixty years: towards a social history of Americanist archaeology in the United States. *American Anthropologist*, 88: 7-26.
 1991 Who Did Archaeology in the United States Before There Were Archaeologists and Why? Preprofessional Archaeologies of the Nineteenth Century. R.W. Preucel (Ed.) *Processual and Postprocessual Ways of Knowing the Past*. Occasional Papers 10. Carbondale, Southern Illinois University: 242-250.
 1995 *Toward a Social History of Archaeology in the United States*. Fort Worth, Texas: Hartcourt Brace College Publishers.
- PEIRÓ MARTÍN, I.; PASAMAR ALZURÍA, G.
 1996 *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*. Madrid: Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas.
- PODGORNY, I.
 1994 Choosing ancestors: the primary education syllabuses in Buenos Aires, Argentina, between 1975 and 1990. P.G. Stone; B.L. Molyneux (Eds.) *The Presented Past. Heritage, Museums and Education*. One World Archaeology 25. London, Routledge: 408-417.
- 1997 ¿A quién entregar las reliquias nacionales? La organización del Museo de la Plata, Argentina, entre 1880 y 1916. G. Mora; M. Díaz-Andreu (Eds.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Madrid, Málaga, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga: 747-754.
- POHL, W.
 1997 Identities in the British Isles: A Comparative Perspective. J. Hines (Ed.) *The Anglo-Saxons from the Migration Period to the Eighth Century – An Ethnographic Perspective*. Woodbridgw: Boydell Press.
- POLITIS, G.
 1995 The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America. P.J. Ucko (Ed.) *Theory in Archaeology. A World Perspective*. London, Routledgw: 197-228.
- POMIAN, K.
 1990 *Collectors and curiosities. Paris and Venice 1500-1800*. Cambridge: Polity Press.
- RACZKOWSKI, W.
 1996 "Drang nach Westen"? Polish archaeology and national identity. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 189-217.
- RANDBORG, K.
 1994 Ole Worm. An Essay on the Modernization of Antiquity. *Acta Archaeologica*, 65: 135-169.
- RODDEN, J.
 1981 The development of the Three Age System: Archaeology's first paradigm. G. Daniel (Ed.) *Towards a history of archaeology*. London, Thames and Hudson: 51-68.
- ROSENBERG, C.M.
 1990 Introduction. C.M. Rosenberg (Ed.) *Art and Politics in Late Medieval and Early Renaissance Italy, 1250-1500*. Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press: 1-10.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ALVAREZ-SANCHÍS, J.R.
 1997 El poder visual del pasado: prehistoria e imagen en los manuales escolares. G. Mora; M. Díaz-Andreu (Eds.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Madrid, Málaga, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga: 621-633.
- SCHÁVELZON, D.
 1988 Las excavaciones en Zaculeu (1946-1950): una aproximación al análisis de la

- relación entre arqueología y política en América Latina. N.J. Saunders; O. Montmollin (Eds.) *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology I*. BAR International Series 421(I). Oxford, British Archaeological Reports: 167-190.
- 1989 The History of Mesoamerican Archaeology at the Crossroads: Changing Views of the Past. A.L. Christenson (Ed.) *Tracing archaeology's past : the historiography of archaeology*. Carbondale, Southern Illinois University Press: 107-112.
- SCHNAPP, A.
- 1993 *The Discovery of the Past*. London: British Museum Press.
- 1996 French archaeology: between national identity and cultural identity. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 48-67.
- SHNIRELMAN, V.A.
- 1996 The faces of nationalist archaeology in Russia. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 218-242.
- SIMOCK, A.V.
- 1984 *The Ashmolean Museum and Oxford Science 1684-1983*. Oxford: Museum of the History of Science, University of Oxford.
- SMITH, A.D.
- 1976 Neo-Classicist and Romantic Elements in the Emergence of Nationalist Conceptions. A.D. Smith (Ed.) *Nationalist Movements*. Oxford, Basil Blackwell: 74-87.
- 1991 *National identity*. London: Penguin.
- SØRENSEN, M.L.S.
- 1996 The fall of a nation, the birth of a subject: the national use of archaeology in nineteenth-century Denmark. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 24-47.
- 1998 Rescue and Recovery. M. Díaz-Andreu; M.L.S. Sørensen (Eds.) *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. London, Routledge: 31-60.
- TORELLI, M.
- 1991 Archeologia e fascismo. J. Arce; R. Olmos (Eds.) *Historiografía de la arqueología y de la Historia antigua en España*. Madrid, Ministerio de Cultura: 232-9.
- TRIGGER, B.G.
- 1980 Archaeology and the image of the American Indian. *American Antiquity*, 45: 662-676.
- 1981 Giants and pygmies: the professionalization of Canadian archaeology. G. Daniel (Ed.) *Towards a history of archaeology*. London, Thames and Hudson: 69-84.
- 1989 *A History of Archaeological Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- UCKO, P.J.
- 1987 *Academic Freedom and Apartheid: The Story of the World Archaeological Congress*. London: Duckworth.
- VÁZQUEZ LEÓN, L.
- 1996 *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. Leiden: Research School CNWS.
- WAHLE, E.
- 1950 Geschichte der praehistorischen Forschung (I). *Anthropos*, 45: 499-538.
- 1951 Geschichte der praehistorischen Forschung (II). *Anthropos*, 46: 49-110.
- WALTHER, I.F.
- 1993 *Pablo Picasso 1881-1973. Genius of the Century*. Koln: Benedikt Taschen.
- WELSH, P.D.
- 1998 *Ancient Monuments of the Mississippi Valley* by E.G. Squier & E.H. Davis: the first classic of US archaeology. *Antiquity*, 72: 921-7.
- WIWJORRA, I.
- 1996 German archaeology and its relation to nationalism and racism. M. Díaz-Andreu and T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. London, UCL Press: 164-188.
- ZWERNEMANN, J.
- 1983 *Culture History and African Anthropology. A Century of Research in Germany and Austria*. Acta Univ. Ups. Uppsala Studies in Cultural Anthropology 6. Uppsala: University of Uppsala.

Recebido para publicação em 5 de abril de 2001.